



PREMIOS
CIUDAD DE
BOGOTÁ
crónica

DE USME SAN CRISTÓBAL DEUSQUILLO SUBA A ENGATIVÁ

Relatos bogotanos de no ficción



EDITORIAL
UTADEO



De Usme a Engativá: relatos bogotanos de no ficción / Carlos Alberto Martínez Mendoza, [y otros cinco] - Bogotá: Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano, 2025.
144 páginas; 15,5 x 21,5 cm.

ISBN 978-958-725-384-9

1. Crónicas colombianas. 2. Bogotá (Colombia) - Vida social y costumbres. 3. Vendedores ambulantes - Bogotá (Colombia). 4. Vida urbana en la literatura. 5. Escritores colombianos. I. Martínez Mendoza, Carlos Alberto, autor. II. Cortes Pulido, Deivis Alberto, autor. III. Paredes Paredes, Ismael, autor. IV. Zuluaga Londoño, John Jairo, autor. V. Martínez Bejarano, Nicolás, autor. VI. Murgas Cubillos, Nilson, autor. VII. Tít. CDD863.865

De Usme a Engativá. Relatos bogotanos de no ficción

© Deivis Cortés, Carlos Martínez, Nicolás Martínez, Nilson Murgas, Ismael Paredes, Jhon Zuluaga, autores, 2025

© Fundación Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano

Carrera 4 n.º 22-61 Bogotá, D.C., Colombia

www.utadeo.edu.co/es/editorial - 601 2427030

Hecho el depósito legal que establece la ley

ISBN: 978-958-725-384-9 • **ISBN PDF:** 978-958-725-385-6

DOI: <https://doi.org/10.21789/9789587253849>

Primera edición, 2025

Diseño de la colección: Sylvana S. Blanco Estrada

Diseño de cubierta: Sylvana S. Blanco Estrada

Maquetación: Sylvana S. Blanco Estrada

Corrección de estilo: Gisela Arroyo Andrade

Impresión: DGP Editores

Equipo Editorial Utadeo:

Marco Giraldo Barreto, jefe editorial · Susan Heilbron Luna & Sylvana Blanco Estrada, diseño editorial · Juan Carlos García Sáenz, coordinación revistas científicas · Sandra Guzmán, distribución y ventas · Lorena Galindo Guerrero, asistente administrativa.

*

En nombre de la Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano le agradecemos a usted, el lector de esta obra, por apoyar el trabajo de todas las personas que hacen posible que el conocimiento llegue a sus manos al adquirir este texto de manera legal, así como el interés por el conocimiento que producen nuestros investigadores, y el apoyo que pueda darnos para que éste tenga un mayor alcance.

Fundación Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano 1 Vigilada Mineducación. Reconocimiento de personería jurídica: Resolución No. 2613 del 14 de agosto de 1959, Minjusticia. Acreditación institucional de alta calidad, 6 años: Resolución 007576 del 20 de mayo de 2024, Mineducación.

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin autorización de la universidad.

Impreso en Colombia - *Printed in Colombia*

*

Esta obra resultó ganadora del Premio Distrital de Crónica Ciudad de Bogotá 2024 del Instituto Distrital de las Artes, Idartes, con la cooperación de la Editorial Utadeo, conforme a la Resolución 1212 del 5 de noviembre de 2024 y de acuerdo con la evaluación realizada por el jurado conformado por Óscar Mauricio Durán Ibatá, Carlos Orlando Fino Gómez, Isaías Ángel Gabriel Romero Pacheco.



ALCALDÍA MAYOR
DE BOGOTÁ D.C.

INSTITUTO
DISTRITAL DE LAS ARTES
IDARTES





DE USME
SAN CRISTÓBAL
TEUSAQUILLO
SUBA
A ENGATIVÁ
Relatos bogotanos de no ficción

Contenido

Los cerezos de Egipto	7
Arequipa en cuatro días o una sarta de apuntes infraordinarios sobre el país del “sol”	19
Diario de semana y media.....	35
Crónica del desarraigo. Crónica de la miseria	59
La vida entre fuegos.....	87
Falsificando pueblo	119



Los cerezos de Egipto

Nicolás Martínez Bejarano

EN LAS CALLES DE BOGOTÁ, cada vendedor de libros tiene su propio estribillo. Este era el que cantaba el célebre Almirante Boronas: «Cuentan de un sabio que un día, tan pobre y mísero estaba, que solo se sustentaba con los libros que vendía». A su llamado, una variada serie de compradores se acercaba a su puestico en la calle, congregándose como desesperados ante los títulos más diversos.

Yo conocí al Almirante poco después de llegar a Bogotá, hace ya más de cincuenta años, cuando vine, como dice la gente, con una mano adelante y otra atrás. Los libros siempre han sido mi debilidad, y yo me pasaba horas enteras caminando el centro de la ciudad, buscando libros viejos, aun cuando en la panza no tenía sino algún tinto de dudosa procedencia o un viejo pan rollito. Le decían «Almirante» porque, según cierta leyenda, había sido guerrillero en las filas de Guadalupe Salcedo. Otros, en cambio, le ubicaban heroicamente en las montañas de Marquetalia, dando saltos entre peñascos y quebradas, mientras esquivaba las bombas de Napalm y los disparos de mi General Matallana. «Pero todo es pura carreta», me decía otro vendedor de libros, «ese lo máximo que recibió fue algún bolillazo por andar de borracho». Sea como sea la historia, lo cierto es que el porte del Almirante era imponente. Una estatura regia, un sombrero de ala ancha, negro como negros eran sus ojos; una barba de

patriarca y una voz profunda que entonaba, de vez en cuando, con un chorrito de aguardiente barato. Eran famosos sus gabanes verde oliva, tan raídos como manchados, y unas botas de militar sin suelas ni cordones.

Cuando lo conocí, el Almirante Boronas ya era un viejo librero andante. Había llegado al comercio de libros luego de vender pilas, navajas, melones, limones, pulseras y chontaduros «con milagrosas propiedades para la próstata». Luego de cuarenta años vendiendo libros en las calles del centro de Bogotá, una enfermedad en las manos le obligó a cambiar de profesión. Recuerdo que, tras dejar el negocio de los libros, se dedicó a arrastrar un humilde carrito de helados por la carrera séptima, y más tarde, tras haber cumplido más de cien años, lo veía vender dulces y cigarrillos, que organizaba en un coche de bebé, frente a la iglesia de las Cruces.

Con el tiempo, habíamos construido una suerte de amistad nómada y cordial, y una tarde, luego de un día caluroso, nos quedamos hablando y tomando pola en un viejo café-bar por la carrera octava, amparados por la voz de Julio Jaramillo. El Almirante había hecho de todo; era de esos «desempleados» que trabajan más que cualquier empleado. Sus habilidades iban desde desgazador de carros y motocicletas, hasta la estoica profesión de estatua humana. Pero el negocio de los libros era el que más le complacía. «Yo siempre fui un niño de la calle, un *chino* o un *gamín*, como dicen. Y eso me correteaba yo esas calles pa'rrriba y pa'bajo, con los pies descalzos y unos gabanes grandísimos que me hacían tropezar. Yo era de esos que le gritaba a Pomponio, ¿si lo conoce usted?, yo era de los que le gritaba: ¡Pomponio, ¿quiere queso?! Y ese pobre hombre se pegaba unas emberriondadas.» Y soltaba la risa. Siempre vi al Almirante como un vestigio de aquella Bogotá de la Loca Margarita y los poemas de León de Greiff. Esa ciudad que crecía entre chismes y lloviznas, y en cada esquina uno se encontraba con un tinterillo que escribía poesía y con un poeta que hacía la guerra bajo las banderas del «glorioso Partido Liberal».

«Yo no sé en qué año nací, pa' que le miento, lo que sí sé es que desde muy pequeño mi padre y mi madre fueron estas calles de la Capital. Yo tengo un montón de historias, ¡ja!, si le contara. Me acuerdo que cuando pequeño yo iba por la mañanita a la plazuela de San Victorino para lamer las estacas con que destapaban las botijas de miel. Y todas esas historias del 9 de abril y la toma de la embajada, yo me sé todo eso. No le digo que yo estaba unas cuadras más arriba, como por la iglesia de Santa Ana, gritando *¡Que viva el M-19! ¡Que viva el M-19, carajo!*, y ahí mismo llega un policía y ¡tome por antisocial!, que me rompe la cabeza de un bolillazo. Mírele no más la rajadura tan tremenda que me dejó». Y se quitaba su gran sombrero negro para mostrarme su cabeza pelada, decorada con una pálida cicatriz que le llegaba desde la coronilla hasta la sien. «Pero de niño, lo que más me gustaba era subir por las calles del barrio Egipto porque allá crecían unos árboles de cereza ¡y qué sabor tan rico hermano! Unas cerezas dulces, dulcecitas como usted nunca ha probado».

Así como hay un vendedor de libros de calle, el cual tiene su propia sabiduría y malicia, de la misma manera hay un comprador de libros, el cual se conoce los focos y recovecos donde puede encontrar los libros más baratos. En un tiempo fue la calle 19, entre carreras séptima y quinta, donde habían construido unas casetas para libros, revistas y periódicos. Años más tarde, esas casetas fueron desmontadas, pero algunos libreros seguían yendo con sus cajas y sus rollos de plástico para que los libros no se les mojaran. Otro punto, aunque ese es de más *caché*, es al frente del teatro Jorge Eliécer Gaitán; allí los libreros no están en la calle, sino en unas mesitas de madera «tríplex», y los libros son de cinco mil en adelante. En todo lado hay su jerarquía y su diferencia social.

Mi lugar favorito es quizá el más destartalado de todos. Es una callejuela peatonal, ubicada en la carrera quince, entre calles octava y novena, al lado de la vieja librería Buchholz, que hoy ya no es ni sombra de librería, sino un dudoso puesto de avenas y buñuelos. Esa callejuela, una verdadera Corte de los

Milagros, es el lugar de los encuentros más inesperados. El vendedor de tintos se encuentra con el estudiante de abogacía; la parejita enamorada se tambalea entre recicladores, cantantes de rap, pastores cristianos y el vendedor de relojes «Rolex», quien vocea la última tecnología suiza «que le da la hora, le cura el insomnio y le recupera el tiempo perdido, señoras y señores». Y, en medio de esta confusión y vocerío, se escuchan los cantos de los librereros.

Cada vendedor tiene su propio estilo. Hay quien se sienta como un gran pachá frente a sus libros y, sin siquiera mirar al cliente, le suelta a uno el precio: «¡son veinte lucas y pierdo dinero!». Hay otra señora, doña Marta, que se pone a tejer mientras la gente ojea sus códigos penales y libros de texto; otra que se la pasa hablando por celular; otro que nunca está presente; otro al que uno siempre se topa a mitad de su humilde almuerzo, comprado en la Plaza de la Mariposa: frijoles con papa y arroz y sopa de menudencia en bolsa.

Pero los vendedores que más atraen a la clientela son los que tienen su propio estribillo. Los hay de los más variados: «Acérquense, acérquense señores, solo es agacharse, mover la manito y coger el libro de su antojo: tres por cinco mil, cinco por ocho, diez por diez, veinte por quince mil»; «Arte, cultura y literatura a precio de baratura»; «Siga, señor; siga, señora; que si no encuentra el libro que buscaba yo mismo se lo escribo»; «Y si quiere regalía, acérquese a la carreta mía: libros sabrosos, libros crocantes, libros ¡sa-lu-da-bles!»; «Distinguida audiencia, la cultura a sus pies por el módico precio de dos mil y cinco mil pesitos, sí, señores; escucharon bien, dos mil y cinco mil».



El canto del Almirante era de los más refinados y lo había perfeccionado a lo largo de los años. Lastimosamente, nunca se me ocurrió registrar su canto, pero sí conservo un casete viejo donde quedó grabada una de nuestras conversaciones. «Yo empecé en el oficio de la librería ambulante gracias al 9 de abril. Mire, resulta que cuando yo escuché eso de que mataron a Gaitán, a mí me entró un miedo espantoso, pero terrible. Y yo lo que hice fue esconderme por el Monasterio de Santa Inés, que ya eso lo destruyeron, yo de hecho estuve

allá cargando los escombros. Pero bueno, le digo que yo estaba ahí acurrucado, con una botellita de whisky que se me había enredado por el camino. Y bueno, yo estaba ahí, y eso escuchaba los gritos y la algarabía de la gente... una vaina espantosa, y luego los disparos y los tanques de guerra. Y yo eso veía que la gente pasaba sangrando y toda descompuesta. Y yo seguía ahí, haciéndome el pendejo. Pero cuando cae la noche y empieza un aguacero de Padre y Señor Nuestro, pues yo me tengo que mover de ahí. Y empiezo yo a caminar por esas calles, hermano... Es que usted viera, cadáveres por todo lado, y las ruinas y los edificios... Una vaina terrible, muy triste. Yo no sabía pa' dónde ir, porque eso todavía se escuchaban disparos. Entonces corrí hacia un comercio que estaba con las ventanas rotas y todo, pero parecía seguro... La panadería El Cometa, me acuerdo. Y ahí, en medio de los panes y la leche derramada, había una caja más bien pequeña y adentro tenía puros libros de la librería Camacho Roldán. ¿Qué cómo llegó eso ahí? ¡Ni idea! El caso es que yo me los fui quedando y, cosa de un mes o dos meses, salí a la calle a venderlos. Hubo mucha gente rica, esos de la oligarquía ¿sabe?, que dejaron sus casas en el centro para irse a los Chapineros, más al norte. Y algunos dejaron sus bibliotecas en las casas y ¡trácales!, que yo me metía a esas casas a sacar puros libros bonitos... ¿Dígame? No, no señor, yo en mi vida sólo he leído un libro: *La vida es sueño*, ¡es el único libro que no me da sueño! Fíjese usted. Pero 'pere le sigo contando, ¡maestro, dos Póker si es tan amable!, y sí, que ya me fui formando mi capitalito y así me metí en eso de los libros».

Yo siempre tuve el sueño de ser periodista; incluso me había comprado una grabadora marca Sony. Con ella hice muchas entrevistas que nunca salieron publicadas en ningún lugar. Solo hasta ahora vuelvo a escuchar la entrevista que le hice al Almirante Boronas, la cual se oye milagrosamente bien, pese a la música de fondo y los cantos de los borrachos. Hoy escucho esa conversación con nostalgia. El Almirante ya no hace parte de este mundo y yo, por mi enfermedad, ya no puedo ir a comprar libros al centro.

Los libros que se encuentran en la calle se dividen, generalmente, en cuatro grandes categorías: 1) el libro de texto; 2) el libro de autoayuda; 3) el libro clásico o comercial pirateado; 4) el libro que yo llamo *viejera*. La *viejera* es aquel libro clásico, que usualmente fue editado antes de los años 80 y tiende a estar mal refilado y polvoriento. Hay épocas del año cuando llegan aluviones de libros raros, bien porque un viejo poseedor de libros muere y la familia malvende su querida biblioteca; bien porque alguna librería quiebra o alguna universidad renueva su catálogo. Además, el librero de calle en Bogotá no es ajeno a los grandes avatares de la política internacional. Recuerdo bien que, pocas semanas después de la caída de la Unión Soviética, uno encontraba la carrera séptima pavimentada con libros de Marx, Engels, Lenin, Stalin, Oparin, Nikitin, Gorki y Ostrovski. Eran libros abandonados por aquellos comunistas decepcionados y adoloridos, que no querían tener más ante su mirada los recuerdos del socialismo que llamaban «real», y que para ellos terminó siendo un recuerdo cuya sola idea les despertaba una gran amargura.

Si uno tiene un ojo entrenado, es posible ver qué libros pertenecieron a una persona con buen gusto literario. Por ejemplo, confundidos entre Walter Riso y Pablo Coelho, se pueden espigar libros curiosos como la traducción de *Bartleby* hecha por Borges, o una edición de *Cuore* de Edmundo de Amicis prologada por Umberto Eco. En mis buenos tiempos, logré comprar partes importantes de bibliotecas de personas que nunca conocí, pero con las cuales guardo lazos íntimos, más firmes de los que procura la familia. Son los lazos del gusto por los buenos libros. ¿Cómo no voy a querer a la distancia a aquella persona que me donó, sin saberlo, este librito de Elias Canetti o *La condition ouvrière* de Simone Weil, en ediciones Gallimard, bajo la dirección de Albert Camus? Verdaderas joyas, realmente.

Como todo en esta vida, los libros de calle dan sus decepciones. Recuerdo particularmente un libro que compré por cinco mil pesos y que en su portada prometía ser un poemario, hasta ahora inédito, de R. L. Estivenson. Al leer el nombre, pensé en la mala costumbre de los traductores españoles, quienes en vez de *Friedrich* escriben *Federico*, o en vez de *Königsberg* escriben *Konisberga*. Sin reparar en melindres traductológicos, compré el libro

con mucha ilusión, dado que siento un particular cariño por Robert Louis Stevenson. Como es mi costumbre, llegué a mi apartamento, me arrellané en el sofá, evadí la introducción y acometí los versos de mi querido escritor escocés. Sin embargo, a medida que pasaba las páginas, empecé a encontrar frases desconcertantes que al principio disculpaba, luego culpaba a la traducción, y que finalmente, ya rendido y desconcertado, me llevaron a la introducción para hallar la justificación de versos como «la azarosa rosa de tu cocina vagarosa» o «el sabroso sancocho de mi llano morocho»¹. Resulta que el autor era un tal Ramiro de León Estivenzon, modesto poeta opita, quien se había criado en los llanos del Casanare... ¡Y pensar que por el gastronómico Ramiro tuve que renunciar a una bella edición de *Historia del futuro* del padre Antonio Vieira!



Conseguir un buen libro en la calle suele ser como pescar en río revuelto. Hay que tener paciencia para separar el trigo de la cizaña, sabiendo que muchas veces, luego de horas de búsqueda, uno puede terminar con las manos polvorientas y comprando cualquier libro de escasa calidad, solo para tener la sensación del desquite y no llegar al apartamento con las manos vacías. También se da el caso de encontrar un libro excelente, el libro que en esos momentos se piensa es el libro de los sueños, pero justamente en ese día el dinero no nos alcanza. Suelen ser sumas nimias: un libro por el que piden cinco mil y en la billetera solo se tienen tres mil quinientos pesos. Ahí es cuando sale a relucir el arte de la negociación callejera. El vendedor suele empezar diciendo que es «original», que es un «libro importantísimo», que «ya me lo han preguntado cantidad de veces», que «tengo un cliente esperando». Y uno, al otro lado, dirá: «pero es que ese libro nadie lo conoce», «es

1. Estivenzon, Ramiro de León, *Cantos de comida y esperanza*, Yopal, Ediciones el Becerro de Oro, 1987, p. 3.

una edición vieja... vea, todo polvoroso y rayado, además», «yo lo he visto muchas veces tirado, pero no me he animado a comprarlo», «no más ayer el Almirante lo estaba vendiendo a dos mil». En ese tire y afloje, donde la clave consiste en depreciar de palabra el libro que en el fondo uno desea con toda el alma, se puede ganar y se puede perder. Puede que llegue otro y pague los cinco mil, o que el librero de plano se niegue y ahí se queda uno con las ganas de la edición ilustrada de los *Papeles póstumos del Club Pickwick* o las *Obras completas* de Platón, edición Aguilar, impreso en papel biblia.

Otra estrategia de negociación es ignorar por un momento el libro que se quiere comprar. Pongamos por caso que he visto la primera edición de *El defensor*, de don Pedro Salinas (Universidad Nacional, Bogotá, 1948), la cual es muy escasa y muy valiosa dado que la mayoría de sus ejemplares fueron consumidos por el agua, en una bodega capitalina, precisamente el 9 de abril de 1948. Uno, al comienzo, se hace el desentendido. Mira otros libros, abre una edición pirata de *La cándida Eréndira*, pregunta por el precio de *Juventud en éxtasis* y al final, con un gesto de desinterés y como quien no quiere la cosa, inquiere con el corazón en la boca y un vacío en el bolsillo: «¿Y ese librito de allá también está a dos mil?»

La lluvia y la policía son los dos enemigos del librero de calle. Apenas caen las primeras gotas en esta ciudad de clima inestable, los libreros miran al cielo con preocupación mientras alistan los plásticos. Un libro mojado puede perder drásticamente su valor. Una edición nuevita, con ilustraciones a color, puede quedar convertida en un tomo arrugado de colores dispersos que pocas personas querrán comprar. Pero apenas cesa la lluvia, los fieles compradores se congregan, siguiendo un ritual humilde y misterioso, alrededor de las mesas, mientras las y los vendedores quitan los plásticos que todavía gotean.

Así como hay diferentes tipos de vendedores, también hay diferentes tipos de compradores. Está el comprador ansioso, de ávidas manos que va

cogiendo lo que se le cruza por el frente, sin dedicar si quiera una mirada a cada uno de los tomos. Ellos suelen ser revendedores: el libro que compran a dos mil luego lo llevan a Chapinero y lo venden a veinte o treinta mil. También está el comprador ingenuo, que piensa que en la calle va a conseguir las últimas ediciones de Deleuze y Guattari. Al lado de este se encuentra la pareja de fines de semana, que usualmente se compone de hombre y mujer de dedos pegachentos por el helado, quienes preguntan por libros de texto y a veces toman libros al azar y exclaman: «¡Mira, mi amor, un libro de Sor Juana, esa señora me dio clases en el colegio!». Por último, está el comprador de viejeras, el cual parece, él mismo, una viejera. Suele ser un hombre de cierta edad, algo encorvado y canoso, que mira despacio los libros, los pesa con la mirada y tiene una predilección por aquellos que ve más viejos y abandonados. Él no comprará los nuevos libros piratas de Kundera o J. K. Rowling; más bien está en búsqueda de ediciones del *Amadís de Gaula* o el *Ars Magna* de Ramon Llull. No es raro que ese hombre sea un viejo decepcionado de la izquierda colombiana, quien guarda sus nostalgias y sus vagas esperanzas de que la situación del país, ¡algún día!, cambie.



Los libros de calle son un producto residual. La calle es su última estación en un viaje que suele ser largo y laberíntico. ¡Cuántas veces me he preguntado por el pasado de un libro! Siento que si pudiéramos hacer la genealogía de algunos libros de calle, particularmente los más viejos, tendríamos una imagen muy interesante de la historia de Colombia. Con suerte, un buen comprador de libros tendrá, al final de su vida, una cierta cantidad de detalles y anotaciones que le permitirán reconstruir la historia de algunos de sus libros. En esta labor, las particularidades de un libro, por tontas que parezcan, son bastante orientadoras: esquinas dobladas, notas al margen (hechas a lápiz o en esfero), dedicatorias, exhibris, sellos de bibliotecas o librerías, manchas o abolladuras. Siempre es bello encontrar anotaciones, y no deja de ser emocionante leer cosas como: «En muestra de nuestro amor

que no perecerá. Martín». El amor, claramente, pereció, pero al leer esa nota tenemos un pedacito de algo que quiso ser eterno: un intento hacia lo imposible. Hay otras notas que son más personales, como esta que encontré en una edición francesa de los *Essais* de Montaigne: «Prometo que nunca tendré hijos. París, 18/04/72». Nunca sabremos cuál fue la mano que escribió estas notas, tampoco si cumplió su promesa, pero ello no nos impide entablar una suerte de conversación fantástica donde la página sirve de frontera móvil entre dos tiempos. Ello me pasó con una edición de Antonio Machado que compré por dos mil pesos en ese callejón de las viejeras. A medida que iba leyendo los versos de Machado, veía al lado las notas aclaratorias que alguna lectora anónima, hace ya muchos años, hizo para su lectura personal. De esta manera, mis notas y las de ella empezaron a formar una conversación entre dos tiempos, dos cuerpos y dos espacios. Debo decir que mi lectura de *Campos de Castilla* se vio felizmente enriquecida por los comentarios de esta generosa lectora, de la cual solo conservo una letra cursiva sin rostro ni nombre alguno.

Como buen comprador de viejeras tiendo a evitar las novedades y los nombres desconocidos. Sin embargo, las sorpresas siempre están al alcance de la mano y nunca falta el tiempo para tomar riesgos. A veces, esos riesgos se ven gratamente recompensados. «Compremos esta viejera», me digo, «y al llegar veremos qué tal es». ¿Quién iba a sospechar que este humilde tomo, de un tal Jens Peter Jacobsen, iba a ser uno de los libros preferidos de Rainer Maria Rilke y Thomas Mann? ¿Cómo podía imaginar que ese libro de color crema, escrito por Carl Spitteler (nombre que francamente me era desconocido), me iba a otorgar uno de los testimonios más cercanos sobre la personalidad de Nietzsche? Son sorpresas que solo nos puede dar la calle y su azaroso encuentro de libros.

La persona que compra libros en librería se dirige a un producto seguro, limpio y catalogado. Yo, en cambio, prefiero el polvo y el encuentro

impredecible. Así, abriendo mis expectativas al azar, me he topado con libros que son verdaderos amigos: no los esperaba y quizá por ello su llegada ha sido tan bienvenida. El encuentro casual con un libro no surge porque estemos buscando un libro, sino –y lo digo a riesgo de parecer romántico– porque el libro nos buscaba a nosotros. Citaré dos de los encuentros que me son más queridos. El primero es un tomo humilde, de ediciones Austral, de *Saschka Yegulev*, escrito por Leonid Andréyev. El cariño que profeso a este libro no viene tanto de mi lectura como de su historia. Lo mantuve por mucho tiempo escondido en mi biblioteca, dejándolo que comiera polvo y olvido, hasta que una vez, por casualidad, escuché que *Saschka Yegulev* fue uno de los últimos libros que Camilo Torres Restrepo leyó antes de irse a la guerrilla. ¿Será el mismo libro que tengo en mi biblioteca? Nunca lo sabré, pero me gusta pensar que así es. El segundo son unas fotocopias. Ya sabemos que las fotocopias no guardan el mismo aire místico del libro, sobre todo si es de tapa dura y en su interior tiene ilustraciones; sin embargo, yo tengo cierta desviación erudita y comprar fotocopias, de vez en vez, no me hace daño. Así que, en una buena pesca de libros viejos, me llevé también las fotocopias. ¡Quién quita que sea algo bueno! En esa tendencia mía de postergar los libros que más quiero leer, cierta tarde tomé con distracción las fotocopias: *Teoría feminista: de los márgenes al centro*, bell hooks. Otro mundo, otros horizontes. Una y otra vez, la calle, con su marea misteriosa, ha dejado en las orillas de mis manos el libro que necesitaba leer, sin saber si quiera que existiese. A medida que iba leyendo, las imágenes de mi juventud iban tomando cuerpo. Recuerdos que no recordaba recordar aparecían como vivencias presentes, como violencias y humillaciones que, para mí, habían sido la normalidad.

A los veinte años, cuando llegué a Bogotá desde mi pequeño pueblo campesino, ¿cómo podía imaginar que estas calles bogotanas –ríos de secretos afluentes– iban a darme libros, gustos y espejos tan deseados como desconcertantes?

Estos libros que ahora me rodean volverán, a su tiempo, a las calles de Bogotá. He heredado libros de bibliotecas desconocidas; libros que han sido queridos y cuidados y, por azar o por destino, terminaron en alguna bolsa de reciclaje o en algún remate de chatarra y cachivaches. Así como el río que bebe y bebe de otros ríos para terminar en la mar, así mi biblioteca es apenas un momento en la vida de los libros y en algún momento volverán a la calle, su entorno natural.

La última vez que vi al Almirante Boronas, él iba caminando, cansado y desorientado, por las empinadas calles del centro de Bogotá, en dirección a Egipto. Quizá, sin saberlo, su cuerpo buscaba las añoradas cerezas. Todavía lo veo caminar lento y siento que escucho, de nuevo, ese canto que, cuando yo era joven, me parecía tan gracioso: «Cuentan de un sabio que un día, tan pobre y mísero estaba, que solo se sustentaba con los libros que vendía».



Iniciamos en Usme, pasamos por
San Cristóbal, hacemos una pausa en
Teusaquillo, seguimos hacia Suba y giramos
para llegar a Engativá. ¡Súbase a la ruta, veci!



Este símbolo se inspira en la *Odontoglossum*,
flor emblemática de Bogotá, que se combina
con las ornamentaciones tradicionales
de puertas y ventanas de la ciudad. Es un
homenaje a la diversidad y a la cotidianidad
de la capital.

Una imagen de la Bogotá de hace años que se revive a través de un Almirante que solía vender libros. Un relato de tierras no muy lejanas cuyas calles son como pasillos de una clínica de ricos. Los resultados de unos exámenes de laboratorio. Una etnografía densa y de larga duración. Los gritos de unos cerros que de lejos parecen ríos de lava. Una historia hecha de cine.

Estos relatos de no ficción, ganadores del Premio de Crónica Ciudad de Bogotá 2024, reúnen una selección de voces y miradas contemporáneas que toman como inspiración la ciudad, las calles, los personajes de la cotidianidad y los altibajos de la vida misma.

ISBN: 978-958-725-384-9



9789587253849

 EDITORIAL
UTADEO